

CRONICA DE LA CALÇOTADA 2003.-

Volumen 1.-

El viernes, día 21 de febrero del año de Nuestro Señor de dos mil y tres, a las cinco de la mañana con viento fuerte de levante, la sin par Agustina, luz de mis ojos y hurí de mis sueños, acompañada de este su/ vuestro humilde servidor, indigno apenas de lamer las suelas de sus/vuestros zapatos, levantamos de nuestro lecho y acicalamos nuestros cuerpos para el viaje inminente.

Partimos de esta ciudad, conquistada para la cristiandad por el rey Don Fernando de Castilla hace ya cerca de 800 años, en el ferrocarril que nos depositó en Barcelona, puntualmente, a las 13'30 horas de ese día.

Además de nuestro equipaje, adecuadamente provisto de atuendos conformes a cualesquier veleidad del clima, portábamos ciertos presentes para personas que, por su edad y condición variada, los merecían sin duda.

Fueron Alberto y Angie los primeros en recibirnos con su donaire habitual y rápidamente dispusimos sus regalos ante la mesa: 6 pasteles de carne elaborados primorosamente en "Bonache", pastelería murciana que desde 1826 coloca sobre una tabla de amasar una hoja de empanada de unos 12 cms. de diámetro sobre la que se colocan porciones generosas de huevo, carne de ternera y cerdo y tomate. Todo lo cubren hojillas circulares y concéntricas de hojaldre suave. Angie dispuso rápidamente un vinillo rosado de aguja, procedente del Penedés y con unos 13'5 grados así como unas cervecillas (que son, en realidad, lo que los indígenas murcianos suelen emplear para acompañar aqueste manjar) para el solaz de Pilar ("Machine"), nuestra casi paisana.

Satisfechos parcialmente nuestros estómagos y preparados para la penitencia que habríamos de cumplir, montamos en la calesa de Don Alberto y nos dirigimos hacia el barrio antiguo de Barcelona donde ya habían tomado otros penitentes posesión del sitial reservado desde antiguo.

Grandes fueron las muestras de contento entre los penitentes. Ósculos fueron intercambiados con generosidad, parabienes, plácemes y viriles estrechamientos de mano do procedía. En fin, que nos lanzamos sobre los frescos trozos de tomate con aceitunas verdes y cebolla aderezados de aceite de oliva. No faltaron las anchoas y los vinos recios. Un simple aperitivo para que durante el camino de oración y recogimiento que, sin duda, nos esperaba no hubiera lugar a preocupaciones e intereses carnales capaces de hacernos separar nuestra concentración de los anhelos místicos que embargaban nuestras almas.

Transidos nuestros rostros por la fe nos dirigimos "anca" Chemari. Hasta el loro estaba dentro, mas no faltaba en la puerta el anuncio del invento del siglo: el calçot multiuso que convertirá a Mac-Club y sus mac-cluberos en visitantes asiduos de cruceros por el Índico servidos por doce mayordomos ingleses que repetirán con extrema gravedad: "Lo que ordene el señor", o "¿Considera la señora adecuada la temperatura de la leche de nenúfar?".

Entre tanto, y ya en el interior, nuestro avance hacia los palcos y triclinios do habían de servirnos los manjares viose interrumpido por cierta substancia pegumentosa cuya virtud adherente parecía preferir especialmente las suelas de nuestras abarcas. Carles Navalpotro mostró su curiosidad profesional ante la dicha substancia y, rápidamente, sacó de su bolsillo una cajita que contenía diversos útiles con los que tomó muestras de aquello. No sin dificultad trepamos por las escaleras, cuyos escalones mostraban la misma capacidad para retener nuestros calzados que el pavimento, y nos situamos en los sitaliaes reservados a nuestra devoción.

Comenzaron a manar, como por ensalmo de algún encantador, lomos curados, ajosarrieros, vinos enteros, cervezas, hogazas de pan, chistorras, quesos bravíos... ¡Pero, cómo, pardiez!. Nuestra penitencia no era acabada. Despegar los codos de la mesa costaba ímprobos esfuerzos, las conversaciones se veían constantemente interrumpidas por algún valioso vidrio volcado que hacía temblar de temor nuestros corazos ante la irreparable pérdida que habría supuesto la rotura que alguna de aquellas piezas arqueológicas, más propias de Atapuerca que de aquel local cuyo encanto se remontaba a la misma Edad Media, cuando algún pirata berberisco abandonó apresuradamente su vajilla en aquel mismo lugar.

Reconfortados, finalmente, por el pacharán que surgía de recipientes absolutamente impenetrables por cualquier longitud de onda conocida. Nos retiramos a reposar la colación y a preparar nuestros cuerpos para el sabbath, día consagrado de antiguo a la ingesta de alimentos puros y a disfrutar del resto de concurrentes que, a aquellas horas, cubrían las últimas leguas y apuraban los postreros momentos de recogimiento espiritual antes de confrontar la rapidez de sus manos con las senciglias y jugosas hortalizas que ya reposaban ante el fuego purificador que se intuía.

Continuará...

Volumen 2.-

Y amaneció el sabbath, gris y lluvioso, amenazando con dificultar el acceso y recluirnos en la torre del homenaje de aquel castillo convertido por las desventuras de la veleidosa fortuna en masía campesina, pero honrada, de cristianos viejos que a legua sabían distinguir herejes y defender la verdadera fe.

No resultó un buen augurio (aunque luego quedó en una falsa alarma) que nuestra vetusta cámara sufriera un enloquecimiento repentino y se negara a seguir prestando sus esporádicos y mediocres servicios. Como la diligencia es virtud de desesperados, prestos acudimos a la tienda más próxima do nos surtimos de dos ejemplares de cámaras digitales que, en su simplicidad, bastaron a compensar la reconocida incompetencia de Antonio Duarte manejando cualquier objeto mecánico de no importa qué naturaleza.

Carles Navalpotro y su nunca bien ponderada dama, Montserrat, nos recogieron en una alfombra persa que nos trasladó por los aires cada vez más puros y límpidos hasta las afueras de Taradell; aprovechamos la travesía para depositar en sus manos algunos recuerdos gustosos de su paso por Murcia, que esperamos disfruten con el mayor deleite, como muestra, humilde y en nada correspondiente a su munificencia, de nuestro agradecimiento.

Nos adelantamos al resto por breves instantes (sin duda, nuestro aéreo transporte tuvo algo que ver con ello) y, al punto, Angie, Marilar, Antonio Marquina y Ramón López Facal descendieron de su palafreñ e intercambiamos calurosos saludos. Angie, que por su donaire y excelencia (no en vano accedió a los segundos sacramentos en el marco incomparable del monasterio de Pedralbes) asume tradicionalmente los esfuerzos y preocupaciones por la buena marcha de la calçotada, nos adoptó rápidamente como miembros del Management Organization Staff y orló nuestros pechos con el signo de la divinidad en cuyo nombre acudimos en peregrinación contrita a celebrar la gozosa eucaristía del Mac-Club.

Acudían los fieles en romería, adornando los montes con sus ropajes multicolores, compitiendo con los pajariglios, avencejos y cornejas en cantares armoniosos. Agustina y Montse transformaron su dulzura habitual y, abalanzándose sobre los romeros, ora espantados, ora divertidos, conseguían extraer de sus carteras el debido émulo del óbolo de San Pedro como nunca antes se había visto. Ramón López Facal no me dejará mentir si describo la su contemplación de mi auténtica falcata de buen hierro ibérico como de un asombro rayano en el éxtasis devoto.

Rosa y Cris "la niña del asombro permanente", Quiq y Pepe Tarrés, Pere Soto, Ramón Boldú (a quien ayer me referí citando erróneamente su apellido, por lo que le pido setenta veces siete perdones), Ramón "el hacker que anda" y su bellísima esposa y Alberto, Pontifex Maximus, Tribuno de la Plebe por décimo cuarta vez, Cónsul por Vigésimo Tercera, Augusto, Imperator de las legiones y fuerzas auxiliares.

Apareció, digo, primus inter pares, envuelto en su dignitas y todos pudimos contemplar, nuevamente, el aura que emana de sus rollizas panzas y alcanza todo el orbe; ejemplo sin duda de la mixtura que nunca cervantina pluma pudo alcanzar y por lo que hubo de dividir, para dos personajes, su inmortal obra.

Ya humeaban los calçots sobre las mesas, porrones de vino, ajustado a esta ocasión y no a otras más exigentes, hogazas de pan braseadas, cuyos trozos aprovecharían las breves pausas (que los diligentes sirvientes necesitaban para llevar del fuego a la mesa las tejas empapadas de jugos contenidos por el basto y humilde papel) para absorber la salsa fragante.

Antonio Duarte, glotón y patán como siempre, fatuo jactábase de haber ingerido la ridícula cifra de 36 calçots ignorante (como en casi todo) de que ya algún ignaro héroe local había alcanzado las 400 ingestas continuadas antes de ascender al cielo de Pantagruel. Montse, servicial y amable de suyo natural, intentaba enseñarle el modo correcto de disfrutar de aquel manjar, pero todo era inútil ante su gula e impaciencia.

La comida que siguió, recia aunque no exuberante, según tradición, hubo de contemplar la ausencia de quince comensales comprometidos que creyeron antes las calumnias de plumíferos imprecisos a las vehementes exhortaciones de Alberto. ¡Fe vana la suya, que no se acompaña del cumplimiento de los preceptos que les llevarán, de otra forma, a la salvación por las obras!

Y allá se levanta el oficiante, Alberto Lozano Barcia, celtíbero de pro, seguido de su acólito íbero de las tribus layetanas (devotio ibérica de pura cepa), Ramón Boldú, a presentar el trabajo de aqueste. Una statie (por contraposición conceptual a "movie") en la que narra bajo el epíteto de "Amor y Pistachos" una sinfonía social realista y sin concesiones a lo correcto. Pere Soto "el de los dedos vertiginosos", acompañó acertadamente la acción punteando sobre los trastes del su laúd acordes o arpeggios según la ocasión.

Sorteáronse presentes entre la algarabía y chascarrillos de los asistentes. Allá estaba Don Ramón López Facal, que tras su sonrisa de coruñés ocultaba la profunda tristeza de ver la mar y la tierra manchada por la desidia. Aquel celta, cual sabio druida ancestral, enfrentaba al futuro con determinación y no dejaba que la ira empañase completamente el calor del bien nacido, por agradecido a cuantos dejaron días y esfuerzos en lavar lo que NUNCA MAS ha de arrojar el hombre contra nuestra Madre Tierra.

Y pasaron todos, cuando el sol comenzaba a declinar y sus rayos se tornaban rojizos, a la silla cuadrada donde brillaban con luz propia mac-cluberos como Juan de Dios Santander Vela, que desde su Garnata al-yahud acudió un año más desafiando infieles mil para sentar cátedra con sus palabras breves, graciosas, acertadas y clarecedoras. O Ramón "el hacker que todo lo ve", quien nos descubrió las debilidades inherentes a todo sistema perfeñado por aficionados.

Incluso Antonio Duarte, que quizá sorprendiera a alguno cuando decidió descubrir su principal ocupación y se vio, entre risas y bromillas maliciosas, obligado a explayarse sobre la actuación de las Fuerzas de Seguridad españolas en los asuntos de la mal llamada "delincuencia informática". Dejó bien claro, desde el comienzo, que él era allí un simple particular que no representaba en absoluto a ninguna institución y que cualquier comentario por su parte debía guardar la debida y comprensible prudencia. Pese a todo, tales declaraciones no arredraron a los concurrentes, quienes aprovecharon la ocasión para divertirse y apurar al máximo la capacidad de respuesta de aquel pobre diablo que intentaba contestar a todos y conciliar la satisfacción de la curiosidad ajena con la discreción debida.

Explicó que no le parecía correcta la denominación de "delitos informáticos" porque, en realidad, los delitos siguen siendo los mismos de siempre aunque el uso de las tecnologías hayan obligado a una especialización en las mismas (por parte de las Fuerzas de Seguridad) para conseguir aportar las pruebas que permitan a la autoridad judicial condenar, si procede, a los autores.

Comentó que las Fuerzas de Seguridad cuentan, en la actualidad, con medios y hombres adecuados para responder a las demandas de los ciudadanos que se vean agredidos por delincuentes informáticos, con un alto grado de efectividad y que, aunque los ataques (por no ceñirse lógicamente a norma legal alguna) son rápidos y, a veces, muy dañinos, la respuesta legal no podrá ser nunca tan diligente al tener que respetarse las garantías previstas por la ley; pese a ello, la paciencia y la perseverancia eran armas en absoluto desdeñables así como la capacidad de aprendizaje y la humildad necesaria para reconocer la necesidad de mantenerse constantemente al día ante la carrera tecnológica en la que estábamos embarcados.

Se echó de menos, en ciertos momentos, la presencia de algún letrado que hubiera podido precisar más el alcance de las apreciaciones (a veces excesivamente particularistas aunque siempre enriquecedoras) de alguno de los concurrentes. Brilló Juan de Dios, como siempre, en sus acotaciones técnicas y Ramón nos explicó cómo era el mundo de las comunicaciones cuando los Dinosaurios dominaban la Tierra.

Finalmente, la conversación se disgregó en cuatro grupos cuyos componentes revoloteaban de acá para allá dejando que sus agudas observaciones levantaran nuevos derroteros...

Mas el tiempo pasaba y todo se conduce por la gula de los mortales. Allá nos encaminamos, entre la húmeda noche, hacia Taradell, donde un nuevo lugar (distinto del tradicional "El Tinell") bastante más adecuado y espacioso nos permitió terminar la noche ante excelentes rebanadas de pan con ajo natural, aceite y sal, jamón curado como Dios manda, lomo verdaderamente exquisito y, en el caso de este humilde cronista, un churrasco jugoso y tierno que, entre trago y trago de un vino tinto de la tierra que poseía un punto de acidez adecuado a la digestión (que se presumía contundente) se acompañaba de unas patatas bien fritas en tiras, con su piel.

El día siguiente guardaría otros afanes y otras sorpresas, pero ésas vendrán tras el alba de éste que se anuncia.

Continuará.

Volumen 3.-

Pasó la celebración gozosa, como ya fue comentado, y se relajaron cuerpos y mentes. Unos regresaron y otros no. Nosotros tampoco.

Carles Navalpotro y Montserrat se ofrecieron a acompañarnos por Barcelona y servirnos de guía durante el día del señor, 23 del mes de febrero próximo pasado. Aceptamos su ofrecimiento y establecimos como lugar de la cita la puerta de la catedral Barcelonesa. Nos adelantamos un poco y contemplamos de lejos la fachada gótica de la catedral. Un grupo de aborígenes danzaba a los sonos de pífanos y carameles e

invitaba a los atrevidos exploradores a unirse a ellos y compartir aquellos momentos de algarabía.

Por nuestra parte, y aprovechando que las palabras exactas para establecer nuestra cita fue: "la puerta de la catedral", nos aproximamos a ella disfrutando de sus líneas puras, las elevaciones de sus torres y ¡pardiez!, las estatuas de la puerta... ¡son de estilo clásico!, las estatuillas de las arquivoltas también.... Fruncía ya el ceño cuando apareció Carles, sorprendiéndome no poco y preguntándome que cuánto tiempo pensaba que tenía el conjunto de la fachada principal.

Dudé..., y con la prudencia que sólo de vez en cuando me caracteriza le pregunté: "¿Cuánto?".

- Data del siglo XIX, declararon Montserrat y Carles al unísono.

Aquí estaba la explicación al misterio. El día anterior nuestros cicerones improvisados tuvieron la gentileza de prestarnos un libro en que se describía concisa pero exactamente cuantas informaciones podía necesitar cualquier viajero curioso sobre Barcelona. Ya descatalogado, por desgracia, sólo nos dio tiempo a hojearlo brevemente antes de presentarnos a nuestra cita.

Callejemos por el barrio antiguo. Las murallas romanas, la plaza del rey, la fachada del archivo de la Corona de Aragón (por cuyas terrazas y pasillos tuvo Carles el honor de pasear en su juventud, acompañado de hermosas doncellas de cuellos largos cual cisnes níveos). Debo aquí reseñar el claustro al que se accede desde la calle de la Piedad: como en tantos lugares sagrados, había lápidas bajo las que reposarían los restos de aquellos que de un modo u otro contribuyeron a la construcción de la obra sagrada. Pero sólo unos cuantos conservan claramente en los arquivoltas escudos hispánicos con la cruz del Temple..., y aún menos conservan en los suelos y paredes los distintivos signos cabalísticos (paganos o hebreos en apariencia) que servían a los seguidores del Bafomet como camino iniciático secreto.

La cima del monte Táber y los restos aún imponentes de cuatro de las columnas del peristilo del templo de Augusto (justo ante el cruce entre el cardum y el decumanum), semper imperator, el mirador del lugarteniente, la torre del rey Martín, la plaza real y ¡sorpresa!: "Les quinze nits". Restaurante donde habríamos de aliviar los rumorcillos que ya empezaban a hacerse de notar en nuestros estómagos. Montse quedó guardando el turno mientras Agustina, Carles y éste vuestro humilde cronista efectuaban una primera aproximación a las Ramblas y obtenían una rápida visión del remozado Liceo. Regresamos por la calle de la Boquería (lugar do colocaban mesas de madera con la carne que estaba a la venta) hasta donde ya la preocupada Montse se aprestaba a defender la posición con uñas, dientes y la determinación propias de sus heroicos antepasados gerundenses e ildiritanos, glorias siempre imperecederas de la Hispania eterna.

¡Ah, qué gozoso placer para los sentidos!. Una fresca ensalada Ciutat Vella con dos clases de lechuga, pollo trufado, cebolla macerada y vinagreta de setas. Aquel extraordinario bacalao al ajo quemado, jugoso por dentro y conservando toda su capacidad para absorber los efluvios de la base de triturada zanahoria. El pollo a la brasa salpicado de finas hierbas, sin duda de las segretanas riberas. Y, sorpresa entre las sorpresas, un suavísimo vino rosado de la casa, afrutado y con unos 11 grados, fresco y con el ligero regusto a envase de barro poroso.

Continuamos tras la sobremesa, apacible y relajada, caminando por callejas llenas del encanto antiguo.

¡Santa María del Mar!. Un canto del gótico a la mayor gloria del Dios eterno. Nervaduras de descarga límpidas en una nave de planta basilical. Pureza y elevación de las almas de los fieles. Primoroso el trabajo de los maestros vidrieros que jugaron con la luz del mediterráneo para solaz de los rudos cristianos que presentaban sus exvotos ante Nuestra Señora o ante el Cristo de Lepanto, ocasión más gloriosa de cuantas vieran los siglos que en gran parte fue gestada en esta ciudad.

Aquí rendimos crítico homenaje a quienes mantuvieron hasta el final la lucha por los fueros que tan caros les resultaban. Allí contemplamos el Palacio de la Música, modernista por fuera y lleno interiormente del discreto lujo de la exclusividad. La Lonja, acullá, mostraba en su exterior los signos evidentes del espíritu de Roger de Flor y Berenguer de Entença. Plaza de España, Rambla de Cataluña. Un café reparador y la despedida, triste y alegre a un tiempo, de quienes se sabían eternos en la amigable consideración.

¡Qué decir de la conversación!..., brillante y sosegada, generosa y enriquecedora. Ora encontrábamos nuestras raíces en el más puro catalán que nuestros antepasados trajeron a estas tierras murcianas junto a sus espadas, ora descubríamos en el pórtico de un edificio una eñe, olvidada ya en los catalanes condados, como muestra fehaciente de la lucha común contra el sarraceno asiático. El día declinó sin otra cosa digna de reseñar más que una suavísima y esponjosa tortilla de calabacín que nos sirvió de cena humilde y breve antes de afrontar el siguiente día.

Continuará...

Volumen 4.-

El lunes, día 24, amaneció en una ciudad atareada y laboriosa. Aún se siente en ella latir la sangre de los colonos latinos, la alegría de los galos generosos y la determinación de aquellos íberos belicosos y hospitalarios al tiempo.

Lunes, día de descanso para los trabajadores de los museos, fue aprovechado para visitar un lugar situado en el monte Carmelo: El parque Güell. Eugeni Güell compró los terrenos con la intención de convertirlo en un lugar de esparcimiento de las emergentes clases acomodadas barcelonesas. El proyecto lo llevó a cabo, viviendo en una casa adyacente, Don Antonio Gaudí, hombre extraordinario por su genio creador pero más aún por su cumplimiento, sorprendente y difícilísimo, del precepto cristiano. Hombre admirable con su coherencia moral, hombre excelso por su capacidad para transformar y eternizar, a un tiempo, la natura existente donde tras su paso quedaría el artificio inmortal.

El parque Güell con su hipóstilo extraordinario, sus viaductos favorecedores de parejas enamoradas, su amplio mirador desde el que el monte Judío parece apenas un peñasco sin importancia. El parque Güell, con su calvario presidente cual exhalación última de la montaña en grito victorioso. El parque Güell y Don Antoni Gaudí.

Bajamos recomfortados por la limpidez del aire y hallamos, próximo a nuestra posada, un pequeño restaurante, limpio y de servicio amable, en el que decidimos probar las habilidades de los cocineros que bajo una música suave trabajan la materia esencial y nada rebuscada de los mercados matutinos.

"El bon menú" se llama el local sito en Travessera de Gràcia. ¡Qué hallazgo! El plato de merluza en salsa verde, que originalmente se habría servido con una guarnición de lechuga y tomate lo fue, sin embargo, con un arroz blanco preñado de la misma salsa verde por mor de la coincidencia de su guarnición con la ensalada que habíamos solicitado como primer plato. El arroz en su punto, la salsa fragante de aceite y perejil, la merluza absolutamente jugosa... Dos menús completos por 15 euros y la promesa de visitar más veces aquel local en futuras visitas.

Tras nuestra primera siesta, nos concedimos un respiro en nuestra agenda y, tomados de la mano, fuimos al cine y cenamos al estilo americano con carne braseada y mazorcas de maíz. El descanso del paseo y la noche salada de mar invitaban al renacimiento siempre sutil del amor en la ciudad que nos acogía....

Continuará....

Volumen 5.-

El cielo no estaba aún contento y otros espíritus más medrosos hubieran desechado la idea de salir a disfrutar de una ciudad empapada. No contaban los dioses, sin embargo, con la determinación de dos turistas a quienes el tiempo apremiaba y nos lanzamos a la calle para visitar el Museo de Historia de la Ciudad.

Grato espectáculo a nuestros ojos. Descendimos al subsuelo y recorrimos las viejas calles de la vieja _COLONIA IVLIA AVGVSTA FAVENTIA PATERNA BARCINO_. Mi mano se cerró con la fuerza de la añoranza en torno a la empuñadura de hueso y cuero de mi falcata mientras recorría la factoría de garum, la tintorería, la tabernae donde el recio vino layetano regó otrora las ásperas gargantas de este viejo triarii. Agustina apretaba mi brazo tratando de consolar mi nostalgia por un tiempo ya ido que, en mi memoria, mezclaba los juegos de dados en el interior del contubernium con el silbido de la larga espatha céltica en el Danubio y los gritos de los jinetes nómadas bajo el cielo africano.

Tres horas de recorrido al amor de los recuerdos vividos por los antepasados o imaginados en los libros. El colofón resultó ser una exposición de piezas bellísimas en las que Yahveh, Alá, Baal, Zeus y Iupiter se encarnaban en toros y héroes astados, modelados por manos hábiles de artistas precisos o por otras más humildes de artesanos y labriegos que solicitaban del cielo la seguridad y beneficio que sólo tras la muerte hallarían seguramente.

Salimos nuevamente a la plaza del Rey y nos detuvimos brevemente bajo la lluvia para echar una última mirada al mirador del lugarteniente, simple y bello, como si aún el representante en la ciudad del Rey de Aragón pudiera asomarse a respirar el aire fresco y húmedo entre una audiencia y otra. Sobre nosotros, a nuestra derecha, la torre del Rey Martín el Humano recortaba sus líneas perfiladas con perfección contra un fondo gris y ofrecía sus ventanas con arcos de medio punto a los vientos que la purificaban de cualquier pestilencia humana.

Bajo la lluvia, que poco a poco iba aumentando en intensidad, bajamos por las ramblas hacia la plaza de Colón; doblamos a la derecha para consultar los horarios de las Reales Atarazanas (que pensábamos visitar por la tarde), admirando entretanto el exterior de aquella antigua factoría naval hoy empleada como museo marítimo. Pasamos por el edificio de las Aduanas y caminamos por la obra nueva para internarnos en el Maremagnum. Allí subimos a la primera planta y buscamos un restaurante donde reposar de toda una mañana y encontramos una sorpresita acogedora, el Mandongo.

Restaurante cuyo chef, procedente de San Francisco, auna en su cocina el Mediterráneo y el Lejano Oriente; la decoración, basada en cubiertas de caña de bambú ofrece una comodidad adecuada al yantar y al reposo. El servicio fue esmerado y la vajilla tenía una apariencia artificialmente gastada. Los platos, suficientes, no hartaban el paladar e invitaban al siguiente:

Troncos de calabacín con queso de caba, bañados en una salsa de pimiento verde y adornados con brotes de ajos tiernos. El calabacín como debe ser, en su punto de masticación y deshaciéndose luego en la boca.

Atún al horno, con confitura de tomate y queso de cabra gratinado, sobre una salsa de manzana, calabacín y zanahoria. Un auténtico regalo de sabores equilibrados y sorprendentes. El atún, excelente y presto a compensar el queso.

Regamos el todo con un vino Viña Sol, blanco de 11 grados, afrutado y que realzaba cada bocado con sutilidad. Té de la casa, rojo intenso de color pero suave en el paladar y muy digestivo.

No es un restaurante barato en términos absolutos, pero su relación calidad/precio me pareció adecuada. La vista del puerto, a veces el teleférico sobre nosotros, gaviotas manteniéndose en el aire fuerte y la montaña de Monjuic sobre el fondo nuboso....

Visitamos por la tarde las Drassanes (atarazanas), con la imponente galera de Don Juan de Austria como pieza mayor y la ligera recreación de la vida de aquellos galeotes y soldados cuyos exvotos por el feliz regreso de la mayor ocasión que vieran los siglos nos aproximan brevemente a la grandeza que España mostró durante casi 200 años. El turco infiel probó en su propio terreno el valor de la infantería española, recordándole que aquellas tierras no nos resultaban desconocidas a los vástagos de Roger de Flor, almogávares (que aún hoy mantienen su nombre entre las fuerzas ligeras españolas) o las compañías catalanas.

Otros elementos, no por humildes menos aleccionadores, pueblan las góticas naves donde la Corona de Aragón construyó buena parte de los navíos que llevarían su nombre por todo el Mediterráneo; la escuela de pilotos, el diorama con los varios cubículos en que habitaban nuestros marinos: sus alimentos, los estays, las medicinas, los manifiestos de carga, los libros de cuentas. No faltaban barcas de pescadores y buques de cabotaje; impresionantes las reproducciones del Santísima Trinidad, el mayor buque de guerra de su época, que se midió (indigno de su fin) con bravura al perro inglés en Trafalgar o la maqueta del Victory, que aún hoy sigue a flote y en las listas de la Royal Navy, donde pagó con su vida Nelson la osadía de despreciar el valor de los Churruca, Gravina o Alcalá Galiano, confundidos con la chusma gabacha de Villeneuve, cuya indisciplina y deshonor al conocer su sustitución, abocó a la flota a combatir en las peores condiciones posibles contra el parecer de los oficiales españoles, que nunca subestimaron a su enemigo y conocían la mar que les era próxima.

El penúltimo día de estancia se aproximaba, la lluvia no cesaba y el calor reconfortante de la habitación nos ofreció el refugio necesario para enfrentar la jornada siguiente.

Nos levantamos el día 26 con brío, despreciamos las nubes que parecían no cejar en su empeño por arriconarnos en nuestra habitación y salimos camino a la montaña de Monjuic, el antiguo monte judío donde los sefardíes enterraron a sus muertos. Subimos en el funicular hasta la mitad de la montaña y recorrimos a pie los restantes tres kilómetros disfrutando de los jardines de Mosén Verdaguer. Ya en el castillo, recorrimos el Museo Militar apreciando el trabajo preciso de los orífices que repujaban las guardas de las espadas y sables o las empuñaduras y llaves de las viejas pistolas de chispa.

Las viejas celadas, moharras, bacinetes, rodelas, petos y espaldares que guardaron del peligro a los viejos soldados. La recreación de la felonía gabacha ante los muros inmortales de Gerona defendidos hasta la muerte por los hombres y mujeres de Alvarez de Castro. Los voluntarios catalanes en la guerra de Africa, que siguieron a la caballería de Prim en Wad-Ras. O esa reveladora foto del descendiente de Espartero (que pudo ser rey) acompañando al monarca actual.

Salimos, en medio de una lluvia fuerte, decididos a afrontar la bajada de aquellos tres mil metros con

resignación: nos debíamos encaminar a una cita con Angie y Alberto y a una comida que se prometía (por ser ellos los electores del lugar) suculenta y provechosa.

Y así fue. En la plaza de Gala Placidia, número 25, se encuentra el "Mirasol" un bar-restaurant de engañoso aspecto exterior y cuyo dueño, Luís, gallego de Lugo, nos regaló abundantemente con productos añorados.

Divertimos la llegada de los platos principales con frecuente pan gallego, queso de tetilla semi-fundido de inconfundible aroma y un jamón francamente notable. Correcto el pulpo a feira, algo pequeños los trozos para el gusto sureño, correctos también los pequeños mejillones al vapor. Sorprendente el vino blanco de la casa, traído desde los viñedos gallegos, con unos 7 u 8 grados que terminan de desarrollarse en el estómago.

Y luego los platos fuertes: Agustina probó Bacalao a la Llauna, frito primero y luego horneado (según creí entender) servido con ajo, aceite y perejil y una abundante guarnición de judías secas. Yo también tuve el placer de probar una pequeña porción y la simplicidad del plato no sirvió más que para maravillarme de la sabiduría popular para deleitar el paladar con simplicidad y sin alharacas.

El chuletón de buey, muy hecho por fuera y con todo su jugo interior, marcó con lo contundente de su sabor el paso ligero y engañoso del vino. Carne excelente, tierna y sabrosa. Quizá la guarnición de patatas se hubiera mejorado con unas cuantas lavadas y pasadas por el horno son algo de pimienta y sin desprenderles su piel. El pan gallego tomó el lugar del tubérculo y se encargó de empapar debidamente el jugo de la carne.

Para tomar el postre, fue abierta una botella de vino tinto, un rioja del 2000 y 13 grados que acompañó un queso manchego correcto.

El pacharán "La Endrina", a continuación, con pequeños bocados de helado de nata y chocolate, acompañó la conversación. ¡Qué decir de una comida que comenzó a las tres de la tarde y cuya sobremesa se extendió hasta las 8 de la noche, incluyendo el pequeño paseo hasta la separación!. De todo se habló, de todo se opinó y la continuación quedó, desdichada pero sólo temporalmente, pospuesta para una cita primaveral en la Murcia luminosa.

Caminamos Agustina y yo en silencio hasta nuestra residencia, anticipando el regreso que se habría de producir el día 27. Había sido aquel un viaje largo tiempo deseado y planeado cuyo único inconveniente, la lluvia, nunca habría bastado a detenernos. Barcelona y su gente nos recibió con amabilidad y nos mostró tanto sus calles antiguas y enrevesadas como las rectilíneas y adornadas de edificios cuya contemplación no se debe obviar.

Gracias a todos por la calçotada. Perdón a aquellos que fueron inmerecidos depositarios de las molestias que pudiéramos causar. Esperamos que el próximo año podamos gozar de la conversación y presencia de los mac-cluberos.

Y aquí termina esta crónica. Espero no haberos molestado mucho con mi prosa y que aquellos que no han podido asistir se puedan hacer una idea de lo que se han perdido.

--

Saludos.
Antonio Duarte.
Murcia - España (Spain)
aduartes@ono.com